

El Trotskismo y la lucha armada como debate a través de dos experiencias: la polémica Moreno - Pereyra y el debate Moreno - Bengochea.

Martin Mangiantini.

Cita:

Martin Mangiantini (2013). *El Trotskismo y la lucha armada como debate a través de dos experiencias: la polémica Moreno - Pereyra y el debate Moreno - Bengochea*. XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-010/825>

**XIV Jornadas
Interescuelas/Departamentos de Historia
2 al 5 de octubre de 2013**

ORGANIZA:

Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras

Universidad Nacional de Cuyo

Mesa 98

Lucha armada y violencia política en la Argentina. Entre la memoria pública y la investigación histórica.

Coordinadores/as:

Cristina Viano (UNR-CLIHOS) crisviano@arnet.com.ar

Julieta Bartoletti (UNSAM-CONICET) julieta.bartoletti@gmail.com

Esteban Campos (UBA-CONICET) ejcampos@arnet.com.ar

EL TROTSKISMO Y LA LUCHA ARMADA COMO DEBATE A TRAVÉS DE DOS EXPERIENCIAS: LA POLÉMICA MORENO – PEREYRA Y EL DEBATE MORENO – BENGOCHEA

Mangiantini, Martín

ISP Joaquín V. González / UTDT

mangiantini2001@yahoo.com.ar

<http://interesculashistoria.org/>

Introducción

El triunfo de la Revolución Cubana generó en la izquierda revolucionaria de toda América Latina redefiniciones y discusiones en torno a los paradigmas organizativos y metodológicos hasta entonces vigentes. Dicho triunfo ponía de manifiesto un nuevo tipo de paradigma político-organizativo revolucionario, el *castrismo* o *guevarismo*. Éste recaía en la construcción de organizaciones simultáneamente políticas y militares, la primacía del campesinado como sujeto revolucionario como punto de partida de una radicalización social más amplia, y la guerra de guerrillas como estrategia central a sostener para forjar la transformación revolucionaria de la sociedad. El triunfo de este paradigma, simbolizado en la concreción de la Revolución Cubana supuso, paralelamente, la aparición de una concepción de construcción política alternativa al tradicional paradigma leninista proveniente de la victoria bolchevique. En este sentido, la construcción de partidos políticos que pugnarán por la inserción en la clase obrera y su radicalización, la estrategia insurreccional y la metodología del centralismo democrático al interior de un partido, entraron en discusión por diversos sectores de la vanguardia revolucionaria latinoamericana ante el éxito alcanzado por una fórmula alternativa.

Este tipo de debate en torno a la estrategia revolucionaria y al tipo de construcción política a realizar incluyó a un abanico de organizaciones en el que también se incluyen aquellos partidos políticos que pueden encuadrarse dentro de la

denominada Izquierda Tradicional (IT) tales como, por ejemplo, las organizaciones trotskistas. En Argentina, dentro de esta ideología revolucionaria, se destacaba la denominada corriente *morenista* (denominación que se desprendía de su principal referente Nahuel Moreno). Los documentos que se analizarán en la presente ponencia datan del período comprendido entre 1960 y 1965, años en los que la denominada corriente *morenista* se estructuró en la organización Palabra Obrera (que practicaba la política del *entrismo* en el movimiento obrero peronista) y, a partir de 1965, se conformó como Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT) tras fusionarse con el FRIP (Frente Revolucionario Indoamericano Popular) de los hermanos Santucho.

El *morenismo* y el paradigma castrista

Desde el año 1960, la corriente *morenista* realizó diversas caracterizaciones que, más allá de marcar sus diferencias y delimitaciones, apuntaban a una defensa del proceso revolucionario cubano. De hecho, a partir del año 1961, Palabra Obrera caracterizó que Cuba se había convertido en un estado obrero con los agregados favorables de tratarse de un gobierno no controlado ni por el aparato comunista ni por una casta burocrática. En este sentido, la caracterización se alejaba del mote de *estado obrero degenerado*, utilizado en ese momento por el trotskismo para referirse a aquellos procesos políticos que, iniciados en una revolución obrera, tomaron luego un curso de burocratización a partir del ascenso stalinista. En el Segundo Congreso Nacional de esta organización, Nahuel Moreno defendió la posición del surgimiento de un Estado obrero en Cuba como producto de la revolución, pero diferenciándolo del paradigma de la Revolución Rusa en un aspecto: no se trataba de un proceso político que tuviera una dirección obrera revolucionaria asentada en organismos de democracia obrera como lo eran los soviets sino que estaba dirigido por una conducción pequeño-burguesa que se apoyaba en un ejército revolucionario, campesino, obrero y popular. (GONZÁLEZ 1999: 57).

Un año después, Nahuel Moreno elaboró un nuevo escrito referente a esta temática titulado *La Revolución Latinoamericana*. Sin dudas, de su análisis se desprende que se trató de su producción más cercana a los paradigmas teórico-organizativos del proceso revolucionario cubano. En este documento, Moreno afirmó que la Revolución Cubana marcó un quiebre político del que se desprendían distintos

fenómenos que modificaban la coyuntura en latinoamericana. La principal de esas consecuencias era el cambio en la relación de fuerzas entre el imperialismo y las masas en los países latinoamericanos. Esta afirmación se sostenía en el hecho de que EEUU carecía de respaldo de conjunto para la aplicación de medidas de agresión a Cuba y que, si bien, ello no implicaba una ruptura de los sólidos lazos económicos, políticos y militares que aún mantenía con los gobiernos latinoamericanos, la relación de fuerzas se había alterado. (GONZÁLEZ 1999: 61).

Por otra parte, de la Revolución Cubana se desprendían, para Moreno, dos aspectos colaterales a la coyuntura latinoamericana. Por un lado, la revolución producía un cambio en la relación de fuerzas entre las oligarquías nativas y las masas (daba cuenta de ello el crecimiento de la sindicalización campesina en Brasil y Perú y el nuevo ascenso del movimiento obrero) y, por otro lado, su victoria colaboraba con la profundización de la descomposición del imperialismo norteamericano (que paralelamente sufría manifestaciones internas como, por ejemplo, los reclamos del movimiento negro). (GONZÁLEZ 1999: 61).

Por último, la corriente *morenista* otorgó a los inicios del proceso revolucionario cubano otros dos aspectos políticos positivos. En primer lugar, una experiencia que superaba la etapa abierta por los partidos y movimientos nacionalistas latinoamericanos (tales como el peronismo en Argentina o el varguismo en Brasil) y, en otro orden, el hecho de haberse concretado una revolución no canalizada como un triunfo propio por parte del Partido Comunista. En este sentido, el no alineamiento de la dirección cubana al stalinismo en sus inicios otorgaba a este proceso, a los ojos del trotskismo, otro rasgo reivindicable que luego sería modificado por la propia dinámica que tomaría la revolución. (GONZÁLEZ 1999: 62).

La afirmación esgrimida anteriormente acerca de la importancia del documento *La revolución latinoamericana* como momento de mayor acercamiento teórico por parte del *morenismo* a los paradigmas de la Revolución Cubana se podría sintetizar, básicamente, en tres definiciones fundamentales que se desprenden de este trabajo. En primer lugar, la reivindicación por parte de Moreno de la dirección cubana como la “vanguardia de la revolución latinoamericana” y la identificación de este proceso con la *teoría de la revolución permanente* de León Trotsky, dado que Cuba demostró cómo una transformación política que inicialmente tuvo rasgos democrático-burgueses en su contenido, terminó radicalizándose y convirtiéndose en una revolución socialista (con

características principalmente agrarias y antiimperialistas) (Moreno 1962: 37 y 48). Paralelamente, el impulso y apoyo por parte de la dirección cubana a otras estructuras político-militares revolucionarias latinoamericanas también alimentó la ligazón con el paradigma trotskista en su rasgo internacionalista. En segundo lugar, y en lo que se convierte seguramente en la concesión de mayor envergadura al paradigma *castrista*, Moreno afirmó en *La revolución latinoamericana* que el campesinado y la pequeña-burguesía podían cumplir en América Latina un papel revolucionario. (Moreno 1962: 55). Con esta afirmación, el *morenismo* matizó el carácter obrerista que históricamente otorgó al sujeto revolucionario. Se afirma que se trató de un matiz y no de un viraje teórico dado que, más allá de reivindicar la posibilidad de un campesinado o pequeña-burguesía como actores revolucionarios propicios para la obtención de reivindicaciones democráticas, también en el mismo documento afirmaba que era la clase obrera la única capacitada para cumplir con la transición al socialismo aunque el proceso fuera iniciado por otros sectores. (GONZÁLEZ 1999: 64). Este análisis sobre el sujeto social revolucionario se entroncó con la caracterización de aquellas tareas que, según Moreno, eran fundamentales que el trotskismo tomara como propias en aquellos países latinoamericanos semi-coloniales. En este sentido, ya en un debate preexistente protagonizado por Moreno en contraposición a las argumentos del trotskista chileno Luis Vitale (quien esgrimía un posicionamiento mayormente crítico hacia la Revolución Cubana), Moreno sostuvo que la liberación nacional y la revolución agraria eran consignas y tareas fundamentales en este tipo de países. Ello respondía a que, en aquellos países semi-coloniales, el sujeto obrero era numéricamente escaso y sectores tales como el campesinado o la pequeña-burguesía poseían mayor peso numérico y político. De allí se desprendía la importancia de estas consignas para estos sujetos sociales que, según Moreno, el trotskismo no podía desconocer (o dejar librados a las políticas y a la captación de los partidos comunistas) y, por ende, era obligación tomarlas como propias más allá de sostenerlas paralelamente y ligarlas a las reivindicaciones de corte clasista (Ediciones Palabra Obrera 1961: 3). En tercer lugar, y como ya se esbozó anteriormente, hasta producirse la fallida invasión de Bahía de los Cochinos, la dirección cubana no manifestó un alineamiento político al stalinismo internacional y a la política de la URSS. Ello se convirtió en un elemento reivindicado como positivo para el socialismo internacional por parte del *morenismo* que, en razón de ello, auguraba una aceleración de la crisis de los partidos comunistas.

En diversas producciones historiográficas se analizó este trabajo de Moreno como parte de una desviación guerrillera o claudicante a los paradigmas guevaristas. No obstante, estas concesiones teóricas al paradigma revolucionario cubano reflejadas en *La Revolución Latinoamericana*, no eliminan su rasgo más relevante a la hora de analizar la existencia (o no) de un cambio teórico radical por parte de esta corriente, a saber, la diferenciación allí establecida entre la lucha armada como parte de la práctica política y la guerra de guerrillas como estrategia revolucionaria. En este trabajo, Moreno afirmó que la lucha armada era una práctica indiscutible pero que ella debía llevarse a la práctica de diversas formas, por ejemplo, en la defensa de las huelgas u ocupaciones de fábrica por parte de la clase obrera, en los sindicatos campesinos y ocupaciones de tierras, para la defensa o ataque contra los grupos reaccionarios, bandas fascistas o rompeshuelgas, etc. (GONZÁLEZ 1999: 65). En este aspecto, resultaba necesaria la equiparación del concepto de lucha armada (en un marco de inserción de la organización en la lucha de clases y las acciones de masas) con la guerrilla como estrategia de lucha (en el sentido de una vanguardia armada que, a partir de acciones aisladas del movimiento de masas, se convertiría en creadora de conciencia). Ésta será una afirmación que el *morenismo* en los años siguientes sostendrá y profundizará teóricamente aún más pero que, como se desprende de esta cita, ya estaba presente en los inicios del proceso revolucionario cubano independientemente de su reivindicación de diversos aspectos.

Desde el punto de vista historiográfico, esta relación entre las posiciones del *morenismo* y el paradigma teórico-político de la Revolución Cubana fue abordada desde diversos ángulos. Podrían distinguirse dos tipos de enfoques. Por un lado, el trabajo de los autores Werner y Aguirre (2007) quienes al analizar las posiciones que la corriente *morenista* sostuvo ante el proceso revolucionario cubano tienen por objetivo plantear si tales posturas respondieron a una aplicación correcta (o no) de la teoría trotskista. En este sentido, la caracterización de Werner y Aguirre no recae en un planteo de *desviación guerrillera* o de una política contradictoria por parte de Moreno al referirse a la Revolución Cubana sino, principalmente, la afirmación de una aplicación de la teoría trotskista de un modo irregular en algunos de estos posicionamientos. En relación con ello, los autores caracterizan que la relación esgrimida por Moreno entre *la teoría de la revolución permanente* trotskista y el derrotero de la Revolución Cubana fue correcta dado que a partir de este hecho se demostraba cómo podía experimentarse

una transición de un proceso democrático burgués a una revolución socialista en el marco de una radicalización. No obstante, y trazando una diferencia con la caracterización del *morenismo* de ese momento, los autores afirman que si bien en Cuba efectivamente se experimentó este derrotero, las grandes revoluciones latinoamericanas pusieron de manifiesto que se trató de una excepción y no de una norma generalizable y que aquellos eventuales gobiernos latinoamericanos encabezados por sectores de la pequeña burguesía, surgidos como producto de una insurrección, no fueron capaces de enfrentar las múltiples contradicciones que sobre ellos caían cuando debían detentar el poder estatal por lo que terminaban sucumbiendo ante la reacción burguesa o transformándose en un instrumento directo del capital (WERNER y AGUIRRE: 352-353).

En un segundo grupo de autores que se refieren (colateralmente) a las posiciones del *morenismo* en torno a la Revolución Cubana, podrían ubicarse los trabajos de Nicanoff y Castellanos sobre la experiencia de las Fuerzas Armadas de la Revolución Nacional (NICANOFF Y CASTELLANOS 2006) y la investigación de Eduardo Weisz sobre el PRT-ERP (WEISZ 2004). El trabajo de Nicanoff y Castellanos tiene el objetivo de reivindicar la efímera experiencia de la guerrilla encabezada por Ángel “Vasco” Bengochea (temática que se hará referencia en el presente trabajo) luego de la ruptura de este dirigente con la corriente *morenista* de la cual formó parte desde sus inicios. En sus críticas a las posiciones de Moreno, los autores acusan a este dirigente de una trayectoria políticamente incongruente y de presentar una contradicción entre la prédica de esta corriente (dada la legitimidad por ella otorgada a la realización de ciertas acciones violentas) y una práctica deslegitimadora de la violencia armada (NICANOFF Y CASTELLANOS 2006: 64). Los autores recaen en la considerable confusión teórica de interpretar los conceptos de lucha armada y foco guerrillero como sinónimos y ello los lleva a una interpretación errónea de las concepciones de la corriente *morenista* alrededor de estas temáticas. En este sentido, plantean que dentro de Palabra Obrera se produjo un debate en torno a la viabilidad (o no) de la lucha armada como, por ejemplo, el desatado a partir de los levantamientos campesinos en Perú en la década de 1960 siendo Moreno quien rechazara esta vía en contraposición a diversas facciones de la organización en una discusión que más adelante se repetiría entre Moreno y Bengochea (NICANOFF Y CASTELLANOS 2006: 68). Luego de afirmar que el debate dentro de Palabra Obrera recaía en la viabilidad de la lucha armada, los autores utilizan los

ejemplos de las luchas en Perú cuando diversos militantes de la corriente allí enviados asaltaron dos sucursales bancarias con el objetivo de obtener fondos siendo finalmente descubiertos y brutalmente perseguidos. Tal accionar fue caracterizado por Moreno como aventurero y putchista (esto es, el método de la acción armada al margen de la lucha de clases) y por ende, rechazado como una táctica progresiva. La crítica a esta acción es lo que lleva a estos autores a esgrimir que la mayoría de la corriente *morenista* se oponía a la lucha armada (NICANOFF Y CASTELLANOS 2006: 69). Es evidente que los autores confunden el rechazo a los actos de tipo foquista (teniendo en cuenta que esta acción se experimentó aislada de la lucha de masas y derivó en un rotundo fracaso y represión) con el concepto de lucha armada (entendiendo por ella a la utilización de la violencia política en el marco de una inserción de la misma en la lucha de clases). En este sentido, y en continuidad con este confuso posicionamiento, los autores afirman luego que, al oponerse a la estrategia del foco guerrillero, Moreno fue un campeón del “verbalismo revolucionario” (NICANOFF Y CASTELLANOS 2006: 80). Se desprende notoriamente de esta cita no sólo la confusión de los conceptos de lucha armada y estrategia foquista (o foco guerrillero) por parte de los autores sino también la afirmación de ligar la idea de una concepción revolucionaria a la puesta en práctica (o no) de la violencia política en su vertiente foquista.

Por su parte, el trabajo de Eduardo Weisz sobre el PRT-ERP explica las cercanías teórico-ideológicas del *morenismo* a la Revolución Cubana con el objetivo de argumentar el por qué del acercamiento del FRIP (Frente Revolucionario Indoamericano Popular) de los hermanos Santucho a esta corriente dando forma a una organización común (el Partido Revolucionario de los Trabajadores) en 1965. Se desprende así que el sector liderado por Santucho mantuvo una coherencia teórica a lo largo de su trayectoria política mientras que la corriente liderada por Moreno viró en sus posiciones en los momentos posteriores a la unificación política con el FRIP lo que explicaría la ruptura de la organización en 1968. Si bien esta ruptura no forma parte del presente trabajo, de esta afirmación surgen dos reflexiones. Por un lado, resulta evidente que las posiciones teóricas del *morenismo* con relación al paradigma de la Revolución Cubana viraron a lo largo de estos años y que de un posicionamiento que poseía ciertas expectativas en las vanguardias armadas latinoamericanas impulsadas desde la dirección cubana, se pasó a la defensa de estructuras partidarias marxistas-leninistas tradicionales, y a la construcción política dentro de la clase obrera y el movimiento estudiantil. Por

otro lado, y en un aspecto que no se desprende del trabajo de Weisz, puede afirmarse (a través del relevo de los documentos políticos de la corriente *morenista*) que este viraje se habría producido con anterioridad a la unificación de *Palabra Obrera* con el FRIP de Santucho, tal como se manifiesta en el documento de Nahuel Moreno *Dos métodos frente a la revolución latinoamericana. ¿Lucha guerrillera o lucha obrera y de masas?*, publicado por primera vez en 1964 en la Revista *Estrategia*, y que tomaremos como factor de análisis posterior para abordar los debates aquí analizados.

Bajo los efectos de la Revolución Cubana, entre 1962 y 1968, la corriente *morenista* experimentó diversos debates internos que versaban en torno a discusiones tales como la puesta en práctica de la lucha armada, la guerrilla como forma de organización o el foquismo como estrategia. El primero de estos debates se produjo entre 1962 y 1964 entre Nahuel Moreno y diversos militantes de la corriente entre los cuales se destacaba Daniel Pereyra (“Alonso”) a raíz de los levantamientos campesinos en Perú y del liderazgo del dirigente Hugo Blanco. La segunda de las discusiones recayó en la polémica entre Nahuel Moreno y Ángel “Vasco” Bengochea en los años 1963-1964, a partir de la partida de este último a Cuba junto a otros representantes de la corriente *morenista* y su retorno a la Argentina adscribiendo a la estrategia *guevarista* y a su aplicación en este país. Ambos debates, serán embriones de la polémica que, en 1968, protagonizarían Nahuel Moreno y Mario Roberto Santucho y que derivaría en la ruptura del entonces Partido Revolucionario de los Trabajadores, la cual se convertiría en la polémica más acabada dentro del trotskismo argentino en torno al debate sobre la lucha armada. Esta última excede los límites del presente trabajo pero es interesante destacar ciertos elementos de polémica que aparecen en las dos primeras experiencias y que, en el marco de la ruptura del PRT, volverán a ser parte de la discusión teórica y estratégica.

El debate Nahuel Moreno – Daniel Pereyra

A principios de la década de 1960, Perú experimentó un relevante ascenso insurreccional, prioritariamente en la zona del Cuzco, cuya máxima expresión fueron los alzamientos y ocupaciones de tierras por parte del campesinado siendo uno de sus principales dirigentes la figura de Hugo Blanco, un militante de la corriente *morenista* que, tras un paso por la militancia en Argentina, retornó a Perú y se dedicó a la tarea de

sindicalizar al movimiento campesino en el Valle de la Convención y Lares. En Perú, el *morenismo* tenía su expresión a través del Partido Obrero Revolucionario (POR) que, en diciembre de 1961, confluirá con diversos militantes independientes, referentes del PC-Leninista y una fracción del Partido Comunista de Perú y dará forma el Frente de Izquierda Revolucionaria (FIR). Con el objetivo de profundizar tal construcción y pugnar por la ligazón internacional, la organización argentina Palabra Obrera envió a Perú, en junio de 1961, a su dirigente Daniel Pereyra (“Alonso”) junto con dos militantes más (Eduardo Creus y José Martorell).

En concordancia con la afirmación antes analizada en torno a la posibilidad de un proceso revolucionario iniciado por un sujeto social diverso al proletariado, Moreno reconocía que, en este caso, el campesinado era la vanguardia peruana y que las acciones del Cuzco tenían rasgos de revolución agraria con la consigna principal en torno a la posesión de la tierra. En este sentido, el planteo recaía en la necesidad de inserción de la vanguardia revolucionaria a este proceso (a partir de la creación de milicias campesinas, sindicalización masiva del campesinado, inserción del partido en el campo, etc.) pero pugnando por la ligazón y articulación con las consignas y reivindicaciones de la clase obrera limeña, costera y de los centros mineros (GONZÁLEZ 1999: 219-221). La línea política votada por la corriente *morenista* para aplicar en Perú recayó en desarrollar de la sindicalización campesina y la ocupación de tierras bajo el control del partido peruano, la preparación de éste para la posibilidad de una insurrección y el inicio de la construcción de un Frente Único Revolucionario con otras fuerzas partidarias (Boletín de Palabra Obrera 1963: 2).

Más allá de estos objetivos, rápidamente se desató una polémica entre la dirigencia *morenista* en Argentina y sus militantes enviados a Perú, especialmente con Daniel Pereyra, sobre el modo de inserción y la estrategia a desarrollar en el proceso político iniciado en este país. Dado el desnivel que existía entre una vanguardia campesina en alza y radicalizada y la ausencia de conflictos en las grandes ciudades (donde el tema dominante era el llamado a un proceso electoral por parte del gobierno), diversos dirigentes del FIR peruano caracterizaron la necesidad de provocar una insurrección previa al proceso electoral y, en esa línea, planificaron la tarea de tomar por asalto el cuartel Gamarra del Cuzco con la intención de repetir la experiencia de la Revolución Cubana con el asalto al cuartel Moncada. No obstante, para tal objetivo precisaban una suma elevada de fondos por lo que Pereyra y el grupo de Lima

encabezado por Martorell asaltaron la sucursal Magdalena del Banco Popular en lo que se convirtió en la primera acción armada por éstos realizada. Tal acción y el derrotero que, en Perú, estos dirigentes querían imprimir al proceso político, desataron una fuerte polémica entre Nahuel Moreno y Daniel Pereyra que, si bien tuvo como centro la caracterización de la coyuntura peruana de entonces, contiene a su vez el embrión de un debate teórico de fondo en torno a la forma de desarrollo de la lucha armada y a las estrategias a adoptar en cada coyuntura política.

La primera de las polémicas entabladas entre Moreno y Pereyra se circunscribe al debate en torno al desarrollo de la lucha armada en la coyuntura política abierta en ese momento. Moreno rechazaba el golpe al cuartel Gamarra como punto de partida de la insurrección argumentando que las consecuencias políticas que podrían desprenderse de esta acción eran por demás imprevistas (reacción del gobierno, aislamiento de la vanguardia revolucionaria) independientemente de la obtención de un éxito desde un punto de vista militar y económico. Moreno argumentaba que la lucha armada debía iniciarse, no a través de una acción de tipo foquista (como lo era el asalto a un cuartel) sino como parte del desarrollo de las acciones políticas del campesinado que encabezaba el proceso revolucionario. En lugar de formar una guerrilla y dar un golpe comando, Moreno rebatía a Pereyra con la necesidad de formar milicias campesinas (ya sean del Partido o del Frente Único Revolucionario) como parte del proceso político y sindical peruano como, por ejemplo, en el marco de la toma de tierras y de su defensa y no de forma aislada (GONZÁLEZ 1999: 237). El mismo Daniel Pereyra expresó en balances posteriores que, en ese momento, la idea de preparar la lucha armada era asumida por la organización pero sin tener en claro la forma que ella debía tomar (PEREYRA 2011: 156). En 1964, esta misma polémica será parte del análisis crítico que hará Nahuel Moreno sobre los trabajos de Ernesto *Che* Guevara a quien cuestionará la idea que la guerra de guerrillas es una estrategia indispensable para el campesinado latinoamericano en pugna contra las estructuras feudales. En este sentido, Moreno cuestionaba la identificación entre la lucha campesina y la guerra de guerrillas dado que, a lo largo de la historia, diversos conflictos protagonizados por este sujeto social no conllevaron necesariamente la apelación a este método de lucha como estrategia. Históricamente, Moreno daba el ejemplo de la Revolución Rusa como un proceso en el que el campesinado fue un elemento clave para la derrota de las estructuras feudales aún vigentes sin la utilización metodológica de la guerra de guerrillas. (MORENO 1964: 3-

4). Para Moreno, en el caso peruano, la utilización de esta metodología suponía un elemento aún más grave: el desprecio por las grandes organizaciones de masas, tales como los sindicatos campesinos, que ya poseía esta vanguardia y que eran ignoradas por la teoría *guevarista* y hasta caracterizados como un elemento de inhibición de la lucha guerrillera (MORENO 1962: 17). Se deduce entonces que la aplicación de la guerra de guerrillas como método generaría, para Moreno, el efecto contrario: la separación entre, por un lado, una vanguardia revolucionaria armada y, por otro, las estructuras de masas en las que el campesinado se insertaba y desarrollaba sus luchas. De allí su rechazo a pensar como correcta la misma estrategia en cualquier coyuntura sin detenerse en las particularidades de cada región y momento histórico.

El segundo elemento teórico de importancia que Moreno desarrolló en sus polémicas internas con Pereyra recayó en la necesidad de profundizar el embrionario poder dual allí iniciado. Este concepto fue desarrollado por Trotsky en sus análisis de los prolegómenos de la Revolución Rusa para definir aquellas situaciones prerrevolucionarias en las que la clase trabajadora, llamada a implantar el nuevo sistema social, si bien no era aún dueña del país, reunía de hecho en sus manos una parte considerable del poder del Estado, mientras que el aparato oficial de este último seguía aún en manos de sus antiguos detentadores (TROTSKY 1997: 196). En su aplicación a la realidad peruana, Moreno planteaba que el ascenso del movimiento de masas, prioritariamente campesino, había dado forma a embriones de poder dual mediante la ocupación de tierras por parte de las comunidades y los sindicatos campesinos. En ese sentido, la principal tarea que, según Moreno, debía impulsar la vanguardia revolucionaria era la profundización de la toma de tierras bajo la administración de los sindicatos campesinos y la formación de milicias armadas campesinas para su defensa (GONZÁLEZ 1999: 237-238). Es en este marco, reflejado a partir del intercambio de correspondencia, que Moreno le cuestiona a Pereyra minimizar las zonas campesinas en beneficio de las urbanas, no haber aprendido el quechua como medio de comunicación con buena parte de la población campesina, menospreciar el papel del partido en la organización de la sindicalización y de las ocupaciones de tierras y proseguir con una estrategia de tipo foquista marginada de estos embriones de doble poder (GONZÁLEZ 1999: 241). Ello contrarrestaba con el accionar del dirigente campesino Hugo Blanco de quien el *morenismo* reivindicó su contribución al desarrollo del poder dual a partir de la consolidación de las milicias armadas de los sindicatos campesinos, la toma de

prisioneros y rehenes que luego serían canjeados, la ejecución de agentes de los gamonales (terratenedores) y la reforma agraria realizada por los mismos organismos en diversas regiones (Boletín de Palabra Obrera 1963: 6).

Por último, una parte importante de la polémica de Moreno con Pereyra recayó en papel que el primero de estos dirigentes le otorgaba a dos tipos de construcciones simultáneas a consolidar: el partido y el Frente Único Revolucionario. En su polémica con Pereyra, Moreno argumentaba la necesidad de fortalecimiento de un partido político revolucionario y cuestionaba a Pereyra la concepción de que la acción militar en sí misma y no la acción de masas es la que daba origen a los dirigentes, al partido y a la revolución. En relación con ello, Moreno defendía la idea de construcción de un partido revolucionario que se nutriera de la nueva vanguardia (indígena, campesina y obrera) pero, para ello, era imprescindible que los dirigentes comprendieran cuáles eran las tareas centrales a desarrollar primero en este proceso y, en este sentido, el menosprecio de la sindicalización campesina, de las ocupaciones de tierras y de las milicias campesinas no favorecía la inserción y la relación con estos sectores (GONZÁLEZ 1999: 243-244). A su vez, existía para Moreno un problema paralelo: el surgimiento de una vanguardia urbana (caracterizada principalmente como pequeño-burguesa en su composición social), influida por el *guevarismo* y el foquismo, que no podía omitirse y que era un componente más de la coyuntura más allá de su aislamiento con respecto a las grandes organizaciones de masas. Más allá de las diferencias estratégicas, Moreno afirmaba la necesidad de plantearle a esta vanguardia la unidad a través de un Frente Único Revolucionario (FUR) que sirviera como un paso previo y embrión de un partido revolucionario unificado. El modo de aplicación de la lucha armada o la decisión de dar inicio a una guerra de guerrillas en un momento determinado serían tarea de este frente de acuerdo con el programa y el momento histórico. En este sentido, Moreno planteaba la necesidad de que ese hipotético frente rechazara el dogma de la guerra de guerrillas como único método y ajustara su acción, incluida la armada, a la elaboración de un programa y a la experiencia del movimiento de masas (MORENO 1964: 27). Este posicionamiento que versaba sobre la incorporación de las estructuras guerrilleras a un frente único revolucionario en común generó nuevas polémicas dentro de la dirección *morenista* de esos años. Por ejemplo, en el marco del Comité Central del PRT (ya producida la unificación entre la corriente *morenista* y el FRIP de Santucho en 1965), se desató una polémica en torno a una publicación cuyo responsable era Horacio [Lagar]

quien, al referirse a las guerrillas peruanas, les otorgaba tres características. En primer lugar, que la guerrilla era una política importada y ajena a la realidad peruana. En segundo orden, que se trataba de una vanguardia pequeño-burguesa extraña a la lucha de clases y, por último, que por todo lo antes dicho, se debía realizar una crítica implacable a la guerrilla porque generaba que los mejores activistas se auto- inmolaran (COMITÉ CENTRAL DEL PRT 1965: 1). El último de estos puntos generó una discusión en el marco de esta dirección siendo principalmente Nahuel Moreno y Alejandro [Dabat] quienes polemizarían con esta posición. Alejandro [Dabat] afirmaba la necesidad de diferenciar como dos estrategias diferentes a la lucha armada al servicio de la organización de las masas del foco militar rural. Para él, en lo que sería una afirmación similar a las esgrimidas anteriormente por la corriente *morenista*, las guerrillas eran sectores principalmente estudiantiles carentes de vinculación con el movimiento de masas y, en su lugar, proponía la estrategia de la milicia en el marco del desarrollo de la lucha armada al servicio de la organización campesina y de la lucha de clases en el campo. Paralelamente, proponía marcar una delimitación pública con las guerrillas como estructura identificándolas como una desviación peligrosa del movimiento revolucionario (COMITÉ CENTRAL DEL PRT 1965: 3-4). El planteo de Moreno (que en ese momento sería acompañado por Roberto Santucho) recaía en marcar que, más allá de las diferencias estratégicas, se debía reconocer a este actor como parte del proceso revolucionario y, en razón de ello, la necesidad de plantearle un frente único revolucionario que los incluya. Ese frente único tendría como objeto que el movimiento de masas y campesino se ponga en contacto con las guerrillas y que éstas se aproximen al movimiento de masas para ayudar a su organización y a las ocupaciones de tierras. (COMITÉ CENTRAL DEL PRT 1965: 8). Es pertinente destacar, a modo de cierre, que los actores de esta polémica serán luego algunos de los protagonistas de la ruptura del PRT en 1968 en torno al debate sobre la aplicación de la lucha armada que terminará con la fractura de la organización en dos partidos diferentes, el PRT – La Verdad (encabezado por Nahuel Moreno) y el PRT – El Combatiente (en donde militarán Roberto Santucho, Alejandro Dabat, Horacio Lagar y el mismo Daniel Pereyra).

Independientemente del intercambio antes esgrimido entre las posiciones de Moreno y Pereyra, la facción en Perú encabezada por este último prosiguió con la realización de acciones de tipo foquista con el objetivo, principalmente, de recaudar

fondos para profundizar el ascenso revolucionario y las acciones posibles. Así, en abril de 1962, un comando asaltó la sucursal del Banco de Crédito de Miraflores en lo que se convirtió en un profundo error organizativo dada la posterior identificación por parte de la policía de los distintos militantes participantes en el golpe. El resultado fue la detención de Pereyra y de otros militantes que traería luego aparejado la persecución al FIR como estructura tras ser identificada como responsable política del asalto. El propio Moreno fue detenido en Bolivia (en donde se encontraba coordinando el apoyo a Hugo Blanco) tras un pedido de extradición del gobierno peruano. Por su parte, el movimiento campesino de Hugo Blanco quedó política y geográficamente aislado y, finalmente, este dirigente fue detenido junto a importantes referentes de las luchas agrarias. En una posterior combinación de represión y concesiones, el gobierno peruano detuvo el proceso de ascenso y agitación agraria. Para la corriente *morenista*, se trató de una experiencia que dejó secuelas y, sobre todo, análisis teóricos de peso y que, paralelamente, encontraría un correlato en Argentina con la experiencia del dirigente Ángel “Vasco” Bengochea.

El debate Nahuel Moreno – Vasco Bengochea

En 1962, Palabra Obrera experimentó un breve período que sus propios dirigentes caracterizaron luego como una *desviación militarista* (GONZÁLEZ 1999: 274). El triunfo electoral del peronismo llevó a la dirección *morenista* a plantear que las masas habían agotado la experiencia de las luchas económicas y electorales abriéndose una etapa de características insurreccionales con condiciones para la lucha armada (SECRETARIADO 1963). Es en este marco que, a instancias del dirigente Ángel “Vasco” Bengochea, se aprobó la resolución de enviar un contingente a Cuba para recibir instrucción militar. En junio de 1962, volvió Moreno a la Argentina tras su detención en Bolivia y se produjo una reorientación de la posición partidaria. Su posición en cuanto a la política internacional de Palabra Obrera recayó en que la prioridad debía recaer en la ayuda a Hugo Blanco y la rebelión campesina peruana para impedir que las luchas del Cuzco quedaran aisladas. En esta línea es que se redefinió el viaje de los dirigentes partidarios a Cuba. El acuerdo entre Bengochea y Moreno recayó en el envío de cinco militantes de la organización que debían volver de Cuba en un plazo de entre dos a tres meses con las relaciones establecidas y la capacitación pertinente para la ayuda al campesinado cuzqueño. Sin embargo, una vez en Cuba, este

grupo modificó los planes originales y decidió realizar la denominada “escuela de entrenamiento” que consistía en una preparación física, militar y teórica de larga duración. Por su parte, la política de la dirección cubana hacia la revolución peruana recayó en el proyecto del Che Guevara de apertura de focos guerrilleros en diversas regiones latinoamericanas. Este proyecto consideraba a Bolivia como la vía de entrada a la Argentina y, simultáneamente, a la región del Cuzco mientras, paralelamente, se barajaba la apertura de focos guerrilleros en el norte argentino. Este plan incluía la participación del Ejército de Liberación Nacional de Perú dirigido por Héctor Béjar, el Ejército Guerrillero del Pueblo de Jorge Masetti y el grupo del Vasco Bengochea (GONZÁLEZ 1999: 329). En agosto de 1963, tras retornar Bengochea, se produjo la ruptura con Palabra Obrera de este dirigente junto a los militantes que viajaron a Cuba para dar forma a las denominadas Fuerzas Armadas de la Revolución Nacional. Tiempo después, el 22 de julio de 1964, en un departamento de la calle Posadas, en Barrio Norte, estalló el arsenal que este grupo guardaba para el inicio de las acciones armadas. El edificio se derrumbó provocando la muerte de once personas incluyendo a Bengochea. Si bien no existió en este breve período un debate directo entre Moreno y Bengochea, a partir de los documentos elaborados por el primero en estos años y el registro de conferencias y charlas que se posee del segundo, puede construirse un debate de trascendencia teórica de cara a la estrategia revolucionaria a poner en práctica en esa coyuntura latinoamericana.

El primero de los debates que se desprende de esta ruptura recayó en la caracterización en torno a la construcción política a realizar. En este sentido, ya se esgrimió en la discusión anterior la importancia brindada por el *morenismo* a la construcción de un partido revolucionario como herramienta fundamental. En este sentido, es en este contexto de ruptura con el Vasco, cuando Palabra Obrera reafirma su definición partido revolucionario con el objetivo de inserción en la clase obrera y en sus organismos de lucha, esto es, las comisiones internas y cuerpos de delegados. De hecho, es en esta coyuntura que Palabra Obrera define la proletarización de todos los cuadros medios del partido (GONZÁLEZ 1999: 340). En relación con ello, en la polémica con los textos del *Che* antes citada, Moreno afirmaba que sin partido revolucionario apoyado en el movimiento de masas y sin una política programática correcta que se asiente en un estudio exhaustivo de la realidad económica-social del país, no había posibilidad de destrucción del aparato del régimen y de llevar al poder a las masas

trabajadoras. En una afirmación que posteriormente profundizaría en su polémica con Santucho en 1968, Moreno afirmaba que sin partido revolucionario ligado al movimiento de masas no podría motorizarse ninguna táctica guerrillera, ni guerra de guerrillas, ni lucha armada con posibilidades de triunfo (GONZÁLEZ 1999: 355-357). Por su parte, Bengochea se preocupaba por delimitarse de la dicotomía partido-guerrilla. En sus intervenciones, reivindicaba al partido revolucionario como herramienta para la lucha por el poder y como la existencia de un grupo dirigente que organizaba a las masas para cumplimentar los objetivos históricos de éstas. Pero, paralelamente, afirmaba que la antinomia entre lucha política (entendida como las batallas sindicales, electorales o teóricas) y lucha armada era irreal (BENGOCHEA 1970: 61-62). El planteo de este dirigente recaía en la necesidad de articular ambas formas de lucha y complementarlas. Por ejemplo, la lucha política crearía inquietud, movimientos, perturbaciones, manifestaciones, etc., que facilitarían la acción militar revolucionaria y aliviarían la presión militar porque obligarían a las fuerzas del orden a volcar fuerzas de vigilancia y control en las ciudades en donde esta lucha política se expresaba permitiendo un mayor desarrollo de las acciones armadas. Dialécticamente, las acciones armadas podrían complementar a las luchas políticas como, por ejemplo, a través de su uso en huelgas o movimientos de masas que sirvieran para aliviar la represión en un momento determinado (BENGOCHEA 1970: 64-65). En relación con esto, Bengochea planteaba que la prioridad de las luchas políticas o de las luchas militares dependería de las condiciones de cada país y del momento histórico en particular (BENGOCHEA 1970: 67). De este razonamiento, se desprende, paralelamente, la concepción de Bengochea en torno a la conjunción partido – guerrilla. En lo que se convierte en una ruptura con la concepción foquista, planteaba la necesidad de construcción de la guerrilla con inserción en la población de la cual, para él, dependerá su éxito y la realización de acciones armadas que estén relacionadas con los intereses de la población. En este sentido, Bengochea tomaba la premisa de que la Guerra Revolucionaria consistía en ayudar, respetar y defender al pueblo y, anteriormente calcular, ante cada acción, qué se le dará al pueblo y a qué se lo expondrá procurando evitar completamente el aislamiento de éste (BENGOCHEA 1970: 83 y 77). Es por estas posiciones que alejaban a Bengochea de una estrategia foquista clásica que los autores Nicanoff y Castellano en su trabajo sobre este dirigente afirman que se evidencia en estos planteos una evolución de la teoría foquista que, la temprana muerte del Vasco y la desaparición de su grupo, no llegó a profundizar. Polemizando,

podríamos preguntarnos si la producción de Bengochea y su intención de una estructura guerrillera que no excluya la existencia de un partido y que priorice su ligación con la población no es, en realidad, un esbozo de teoría foquista con resabios de la anterior trayectoria de estos dirigentes (teniendo en cuenta sus antecedentes militantes en el marco de un partido trotskista) y con la incorporación de anteriores concepciones críticas a la guerra de guerrillas como método, más que una teoría en evolución truncada por la tragedia de sus protagonistas, tal como afirman estos autores.

Otro elemento de discusión que se desprende de esta polémica recae en el espacio geográfico propicio para el inicio de una estrategia revolucionaria. Bengochea pretendió no poner en práctica de forma tajante la primacía de la lucha rural planteada por el Che Guevara y conciliar esta estrategia con su propia concepción de articular la lucha militar con la lucha política. Por ello, argumentaba los beneficios de la instalación de bases guerrilleras rurales a las que atribuía la ventaja de ser geográficamente más seguras y mayormente resguardadas de la represión mientras que las guerrillas urbanas presentaban mayores facilidades para la obtención de medios de subsistencia y combate pero se encontrarían mayormente expuestas dada la mayor cantidad de fuerzas enemigas y servicios de información (BENGOCHEA 1970: 68-69). De este planteo se desprendía que la provincia de Tucumán era la región estratégica dado que permitía articular la lucha rural con una clase obrera altamente politizada, combativa y sindicalizada. Aquí también se refleja en el pensamiento de Bengochea el intento de articulación de la teoría guevarista adquirida en su proceso de formación en Cuba (la cual prevalecía al campesinado como sujeto social revolucionario y a aquellas regiones menos trabajadas por el hombre como los condicionantes más aptos para el inicio de un proceso revolucionario) con su trayectoria en la militancia trotskista en general y en la corriente *morenista* en particular la cual criticaba el esquematismo de identificar al espacio rural aislado como el geográficamente más apto y al campesinado como principal sujeto revolucionario sin un previo análisis de la coyuntura de cada país y de cada momento histórico en particular. De hecho, esta corriente, ya con preexistencia a la ruptura de Bengochea identificaba a la provincia de Tucumán como el centro del proceso revolucionario en el norte del país. En esta polémica, queda en evidencia la postura *morenista* esgrimida en sus polémicas con el foquismo sobre las particularidades geográficas, sociales, económicas, etc., propias de cada revolución, lo que

imposibilitaba la actitud de considerar una única estrategia de lucha, igual para cada proceso en marcha partido (GONZÁLEZ 1999: 355).

A modo de cierre, podría afirmarse que tanto la polémica en torno al proceso revolucionario peruano como la ruptura de Ángel Bengochea con el *morenismo* constituyen los antecedentes directos de la polémica que, en 1968, protagonizarían Nahuel Moreno y Mario Roberto Santucho y que desembocaría en la ruptura del PRT. Tal polémica presentó mayores matices, argumentaciones y ejemplificaciones que las mencionadas en la presente ponencia. Sin embargo, puede afirmarse que los embriones teóricos de tal discusión ya se hallaban presentes al relevar estas dos discusiones aquí esgrimidas. Lo destacable, paralelamente, recae en que los mismos actores que se unirán a la corriente *morenista*, como por ejemplo los integrantes del FRIP de Santucho, tras haberse producido estos debates, protagonizarán una polémica de rasgos similares con esta corriente en la que diversos elementos de estas discusiones se repetirían.

Bibliografía:

- GONZÁLEZ, Ernesto (coordinador) (1999) *El trotskismo obrero e internacionalista en la Argentina. Tomo 3: Palabra Obrera, el PRT y la Revolución Cubana. Volumen 1 (1959-1963)*. Buenos Aires, Editorial Antídoto.
- NICANOFF, Sergio y CASTELLANO, Axel (2006). *Las primeras experiencias guerrilleras en la Argentina. La historia del “Vasco” Bengochea y las Fuerzas Armadas de la Revolución Nacional*. Buenos Aires, Ediciones del Centro Cultural de la Cooperación.
- PEREYRA, Daniel (2011). *Del Moncada a Chiapas. Historia de la lucha armada en América Latina*. Buenos Aires, CEICS-Ediciones RyR.
- TROTSKY, León (1997). *Historia de la Revolución Rusa, Tomo 1*. Buenos Aires, Editorial Antídoto.
- WEISZ, Eduardo (2004). *Nueva Izquierda e Izquierda Tradicional*. Buenos Aires, Ediciones del Centro Cultural de la Cooperación.
- WERNER, Ruth y AGUIRRE, Facundo (2007). *Insurgencia obrera en la Argentina, 1969-1976. Clasismo, coordinadoras interfabriles y estrategias de la izquierda*. Buenos Aires, Ediciones IPS.

Documentos:

- BENGOCHEA, Ángel Vasco (1970). *La guerra del pueblo* [Conferencia de 1962]. Montevideo, Corporación Gráfica. Versión electrónica: <http://eltopoblindado.com/farn-documentos/> (Consultado el 11 de septiembre de 2012).

- BOLETÍN DE PALABRA OBRERA (1963). *Serie B: Latinoamérica. Proyecto de informe latinoamericano de actividades*. Fundación Pluma.
- COMITÉ CENTRAL DEL PRT (1965). *La discusión sobre las guerrillas peruanas (llevada a cabo en el CC del PRT de setiembre del presente año)*. Fundación Pluma.
- EDICIONES PALABRA OBRERA N° 2 (1961). *Latinoamérica y Cuba*. Fundación Pluma.
- MORENO, Nahuel (1964). *Dos métodos frente a la revolución latinoamericana. ¿Lucha guerrillera o lucha obrera y de masas?*, edición electrónica, Biblioteca Virtual del CITO, Buenos Aires, s/e.
- MORENO, Nahuel (1962). *La Revolución latinoamericana*. Buenos Aires, s/e.
- SECRETARIADO DE PALABRA OBRERA (1963). *La situación nacional después de las elecciones del 18 de marzo*. Fundación Pluma.